

JOSÉ MANUEL NAREDO

La reconciliación virtual entre economía y ecología en el nuevo desarrollismo ecológico

*En el período 1970-1980 las preocupaciones ecológicas o ambientales empezaron a cobrar una fuerza hasta entonces desconocida en Occidente. No solo se extendieron a la opinión pública, sino que ampliaron su campo de reflexión desde lo local hacia lo global, enjuiciando a este nivel las perspectivas de futuro que ofrecía el comportamiento de la civilización industrial. Desde entonces la temática ecológico-ambiental fue ganando terreno en el mundo académico, en el administrativo y en el de los medios de difusión, en consonancia con la mayor sensibilidad de la población. Además de ganar fuerza y extensión, las preocupaciones ecológico-ambientales se han desplazado hacia aspectos más pragmáticos y relacionados con la gestión económica, obligando a las administraciones con competencias en este campo a responder sobre el tema. Así, organismos como el Banco Mundial, la OCDE o incluso el FMI se ocupan de la problemática ambiental en publicaciones y líneas de trabajo.**

Sin embargo, pese al aumento masivo de técnicos, de publicaciones y de departamentos relacionados con el tema, no se ha conseguido, hasta el momento, enderezar la situación global: la extracción de recursos y la emisión de residuos *per cápita* sigue aumentando a escala planetaria ofreciendo de hecho un horizonte de deterioro ecológico bastante más sombrío del que se vislumbraba hace treinta años. Las más de tres décadas transcurridas desde que se planteó la incompatibilidad de las tendencias actuales con la salud del medio ambiente planetario, parecen suficientes para dudar de si los planteamientos y los medios utilizados apuntan de verdad a cambiar dichas tendencias o, por el contrario, están ayudando a apuntalarlas. La situación recuerda el presagio del libro de Andreski titulado *Las ciencias sociales: la brujería de los tiempos modernos*, en el que explicaba que la multiplicación de profesio-

José Manuel Naredo es estadístico y Doctor en Economía

* Este texto actualiza las reflexiones contenidas en el capítulo 2 de J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2007 (segunda edición).

nales trabajando sobre los males que aquejan a la sociedad, no tiene por qué traducirse en la solución o mejora efectiva de los mismos, sino en ayudar a establecer conjuros altisonantes que conformen a la gente.¹ La falta de estadísticas de base solventes sobre el deterioro ecológico, unida a la multiplicación de mensajes parciales, banales o incoherentes, añaden la confusión necesaria para hacer que la “sobredosis” de literatura y de técnicos ambientales esté contribuyendo más a mantener que a reconvertir los modos de gestión económica imperantes, que acarrear los problemas ecológicos. Lo cual plantea un conflicto cada vez más acusado entre la creciente sensibilidad de la población hacia los daños ecológico-ambientales que origina la actual civilización y la falta de planteamientos y acuerdos capaces de ponerles coto.

La mejor manera de aclarar estos aspectos pasa por analizar conjuntamente la transformación del discurso ecologista y la evolución del comportamiento de la civilización industrial, durante las últimas décadas. La cronología adjunta puede servir de apoyo a esta reflexión.

CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES SUCEOS Y CONFERENCIAS INTERNACIONALES RELACIONADOS CON LA CONCIENCIA ECOLÓGICA DE LA POBLACIÓN

- **1948.** Creación de la *International Union for the Conservation of Nature* (IUCN).
- **1955.** Simposio sobre *Man's role in changing the face of the Earth*, Princeton (USA).
- **1960-70:** Publicación de libros de impacto como los de: R. Carson, *Silent Spring* (1963), K. Boulding, *The Economics of the Coming Spaceship Earth* (1966) o P. Ehrlich, *The Population Bomb* (1968).
- **1971.** Publicación del I Informe Meadows, *The Limits of the Growth*, Club de Roma.²
Creación del Programa *Man and Biosphere* (MaB) de la UNESCO.
- **1972.** Conferencia de Naciones Unidas sobre El Medio Humano, Estocolmo.
Creación del Programa de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente (PNUMA).
- **1973.** Primera “crisis energética”.
- **1976.** Primera Conferencia de Naciones Unidas sobre *Asentamientos Humanos* (HABITAT-I), Vancouver.
- **1979.** Segunda “crisis energética”.
- **1970-80:** Publicación de numerosos libros de impacto como: H. T. Odum, *Environment, Power and Society* (1971), B. Commoner, *The Closing Circle* (1972), E. F. Schumacher, *Small is Beautiful* (1973), H. T. y E. C. Odum, *Energy Basis for Man and Nature* (1976), A. Lovins, *Soft Energy Paths* (1977), B. Commoner, *The Poverty of Power* (1979), G. E. Barney (Dir.) (1981) *The Global 2000. Report to the President*.³

¹ S. Andreski, *Les sciences sociales: sorcellerie de temps modernes?*, PUF, Paris, 1975.

² D. Meadows, et al., *Los límites del crecimiento*, México FCE, México, 1971.

³ Edición en castellano, G. E. Barney, *El mundo en el año 2000*, Tecnos, Madrid, 1982.

1980-2005: Decaen las publicaciones sobre el manejo de la energía y los materiales en la civilización industrial y aumenta la literatura sobre instrumentos económicos para la gestión de residuos y valoración de externalidades a fin de incluir los temas ambientales en el razonamiento económico estándar. Abaratamiento del petróleo y de las materias primas en general.⁴

1987. Publicación del Informe Brundtland de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo: *Our Common Future*.⁵

1989. Final de la Guerra Fría.

Publicación del II Informe Meadows del Club de Roma, *Beyond the Limits*.⁶

1992. Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente, Río de Janeiro.

Tratado de Maastricht y V Programa de Acción sobre Medio Ambiente de la Unión Europea (UE).

1993. Creación del Proyecto Ciudades Europeas Sostenibles.

1994. Aparecen las Agendas de Desarrollo Local.

1995. Publicación del *Libro Verde sobre el medio ambiente urbano* de la Comisión Europea.

1996. Segunda Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (Habitat-II), Estambul.

1997. Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Kyoto.

2002. Conferencia de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible, Johannesburgo.

2006. Campaña y película de Al Gore sobre el Cambio Climático.

2007. Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Bali.

El avance de la conciencia ecologista de los setenta, no sólo fue fruto de los acontecimientos que comentaremos seguidamente, sino también de la labor preparatoria de la opinión ejercida con anterioridad por algunas publicaciones importantes (ver, por ejemplo, los libros mencionados en el esquema). Sobre este terreno abonado, se añadieron, a principios de los setenta, unos años densos en acontecimientos que, además de movilizar el pensamiento en medios académicos, tuvieron honda repercusión sobre la opinión pública. La publicación en 1971 del I Informe Meadows, del Club de Roma, sobre *Los límites del crecimiento*, puso contra las cuerdas a la meta habitual del “crecimiento económico”, que ocupaba un lugar central en el discurso dominante. Este informe subrayaba la evidente inviabilidad del crecimiento permanente de la población y sus consumos: el crecimiento acumulativo continuado –y por lo tanto exponencial– sólo podía darse de modo transitorio en el mundo físico.

⁴ Este abaratamiento redujo notablemente el peso de la factura petrolífera en la renta de los países ricos, haciendo que los aumentos del precio del petróleo observados en los últimos tiempos tuvieran un impacto económico mucho más reducido que los producidos en la década de los setenta.

⁵ Informe Brundtland, *Our common future*, Oxford University Press, Oxford, 1987. (Edición en castellano: *Nuestro futuro común*, Alianza, Madrid, 1988).

⁶ D. H. Meadows y D. L. Meadows y J. Randers, *Beyond the Limits*, 1991 (Edición en castellano: *Más allá de los límites del crecimiento*, El País-Aguilar, Madrid, 1992).

No hace falta más que coger un lápiz y un papel para estimar el horizonte absurdo hacia el que apuntaría en el mundo físico cualquier crecimiento permanente. Como señalaba el libro de Ehrlich, *La bomba "P"*, "si el crecimiento demográfico continuara [a la tasa actual] durante novecientos años, habría alrededor de 120 personas por metro cuadrado en toda la superficie del planeta, incluidos mares y océanos".⁷ O también, si la especie humana hubiera crecido al 1 % anual desde que apareció la agricultura, hace unos diez mil años, la población mundial "formaría hoy una inmensa esfera de carne viviente con un diámetro de muchos miles de años luz, que seguiría expandiéndose con una velocidad radial que, sin tener en cuenta la relatividad, sería muchas veces mayor que la de la luz".⁸ Dicho de forma más sencilla, si la humanidad siguiera creciendo a una tasa cercana al 2% anual, en menos de dos milenios alcanzaría una masa similar a la del planeta Tierra, y si prosiguiera a ese ritmo, en unos pocos milenios más, su masa se aproximaría a la estimada para el conjunto del universo.⁹ Si, como viene ocurriendo, esta población se asocia al manejo de cantidades *per cápita* crecientes de recursos y residuos, el absurdo se alcanzaría en plazos mucho más cortos tal y como estimó el I Informe Meadows.¹⁰ Todo lo cual vino a evidenciar con una claridad meridiana la grave irracionalidad que supone toda esa mitología del crecimiento económico, que cifra la salvación de la humanidad en el continuo aumento de los "bienes y servicios" obtenidos y consumidos (acompañado de una creciente extracción de recursos y emisión de residuos). Mitología curiosa que se construyó,¹¹ junto con la ciencia económica establecida, sobre aquella otra mitología de la "producción",¹² que subraya solo la parte positiva del proceso económico –las ganancias de dinero y utilidad– cerrando los ojos a los daños sociales y ambientales que origina. No es un mero accidente que la idea de "producción" pasara a ocupar un lugar central en la moderna ciencia económica, justo cuando la civilización industrial alejó por primera vez a la especie humana de las verdaderas producciones de la fotosíntesis, para apoyar su intendencia sobre la mera extracción o sobreexplotación de riquezas naturales preexistentes, llevando incluso las producciones de la fotosíntesis hacia el deterioro progresivo de los bienes fondo que las sustentan. Así, el término

⁷ P. R. Ehrlich, *The Population Bomb*, Ballantines Book, Nueva York, 1968, p. 20

⁸ P. C. Putnam, *The Future of the Land based on Nuclear Fuels*, 1950, p. 18.

⁹ I. Assimov, *Las amenazas de nuestro tiempo*, Plaza&Janés, Barcelona, 1980, pp. 314-315.

¹⁰ M. K. Hubbert, "Exponential growth as a transient phenomenon in human history", en M. A. Strom (Ed.), *Societal Issues, Scientific Viewpoints*, Inst. of Physics, Nueva York, 1974 (reeditado en H. E. Daly y N. K. Tawsend (Eds.), *Valuing the Earth: Economics, Ecology*, The MIT Press, Cambridge M., 1993, pp. 113-125).

¹¹ La utopía de Platón, Aristóteles, ... y cualesquiera otras formuladas hasta el Siglo de las Luces, proponían sociedades ideales estables en población e intendencia. Hasta el advenimiento de la idea de producción y de la moderna ciencia económica a nadie que estuviera en su sano juicio se le ocurría apoyar un modelo de sociedad ideal en el crecimiento permanente de algo relacionado con el mundo físico.

¹² Recordemos que en J. M. Naredo (*La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, Madrid, 2003) se expone cómo la noción de producción fue fruto de un maridaje entre la filosofía mecánica y la alquimia allá por el siglo XVIII, levantándose sobre ella la construcción de la ciencia económica, con su idea de "crecimiento", pese que la concepción que le dio origen carezca hoy de respaldo científico, tal y como hemos indicado anteriormente.

“producción” se acuñó y popularizó como parte del discurso económico dominante para encubrir el doble daño ambiental que acarrea el comportamiento de la civilización industrial por extracción de recursos y emisión de residuos.

El irracionalismo que comporta la meta generalizada del crecimiento permanente no fue un nuevo descubrimiento de los informes y publicaciones mencionados. El mismo Gandhi, cuando los periodistas le preguntaron tras la independencia de la India si el nuevo país trataría de lograr el nivel de vida británico, respondió: “si el Reino Unido ha necesitado explotar medio planeta para conseguirlo ¿cuántos planetas necesitaría la India?”¹³ O, incluso antes, los llamados “economistas clásicos” estimaban hace más de un siglo que el crecimiento económico apuntaría irremisiblemente hacia un horizonte de “estado estacionario”, habida cuenta que la tierra disponible no estaba sujeta a crecimiento. Hubo que esperar a que los “economistas neoclásicos” de finales del siglo XIX y principios del XX dieran una nueva vuelta de tuerca a la función mixtificadora de la ciencia económica: estos autores desterraron la idea del “estado estacionario”, a base de postular que la Tierra, con todos sus recursos, podía ser sustituida siempre sin problemas por una entidad abstracta llamada capital, presentando a éste como el factor limitativo último y cerrando así el discurso económico en mero campo de los valores pecuniarios, sin necesidad de incómodas conexiones con el mundo físico. La osadía del I Informe Meadows sobre *Los límites al crecimiento* consistió en recordar esta olvidada conexión. Tras lo cual tuvo que producirse otra nueva y reforzada campaña de imagen para alejar, una vez más, la idea de límite y seguir sosteniendo la fe en la meta universal del crecimiento económico como solución a los problemas del mundo actual, escondiendo la irracionalidad o el cinismo crecientes que impregnan la divulgación de este mensaje. Pero veamos otros acontecimientos que se añadieron a la aparición del dicho informe, contribuyendo a movilizar la opinión pública y la reflexión académica sobre los problemas ecológicos que origina el comportamiento de la actual civilización durante la década de los setenta.

A la publicación del mencionado informe al Club de Roma, se añadieron otros acontecimientos relevantes ocurridos en los primeros años setenta. Destacan, entre ellos: la puesta en marcha del Programa Man and Biosphere (MaB) de la UNESCO, que trataba de asociar la conservación a la gestión económica y a la reducción de la pobreza que aquejaba a buena parte de la humanidad; la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, realizada en Estocolmo, que subrayó la necesidad de modificar las tendencias al deterioro ecológico global y promovió el lanzamiento del Programa de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente (PNUMA); y, sobre todo, la primera “crisis energética” de 1973 que,

¹³ Este punto de vista está adquiriendo una actualidad palpitante cuando hoy preocupan las consecuencias ambientales de la expansión consumista de países tan populosos como China e India. Worldwacht Institute, *La situación del mundo. Tema central: La sociedad de consumo*, FUHEM, Icaria, Barcelona, 2004.

al penalizar el uso del petróleo, indujo a reconsiderar los patrones de vida y de comportamiento de la civilización industrial. En la segunda mitad de los setenta, la Primera Conferencia de Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos (Habitat I), en Vancouver en 1976, y la “segunda crisis energética” de 1979 mantuvieron el tono de las preocupaciones enunciadas. Estos acontecimientos se alimentaron mutuamente con la aparición de numerosos libros de impacto, como los citados en la cronología. El informe encargado por el único presidente de EEUU con preocupaciones ecológicas, el presidente Carter, y dirigido por Gerald O. Barney, *The Global 2000* constituye un buen colofón a las preocupaciones y enfoques de los setenta:¹⁴ este sesudo informe coteja las previsiones de sus modelos con cinco estudios globales anteriormente realizados (los modelos Mundo 2 y 3, usados en la preparación del Informe *Limits to the growth*, para el Club de Roma, el Modelo de relaciones Agrícolas Internacionales, el modelo Mundial Latinoamericano y el Modelo Mundial de la Academia Nacional de Ciencias de EEUU). Las conclusiones de este análisis comparado son claras: “los hallazgos principales del estudio *Global 2000* coinciden, en términos generales, con los de los otros cinco estudios mundiales, a pesar de sus considerables diferencias en cuanto a modelos y suposiciones...”, aunque presenta un horizonte todavía más sombrío en algunos aspectos –por ejemplo, deforestación, deterioro de suelos y posible aumento de la desnutrición, las enfermedades y los conflictos–. Por ello advierte que “se está agotando el tiempo de hacer algo a fin de evitar esta situación. A menos que las naciones adopten medidas audaces e imaginativas, tendentes a mejorar las condiciones sociales y económicas, reducir la fecundidad, asegurar un mejor aprovechamiento de los recursos y proteger el ambiente, el mundo deberá prepararse para un penoso advenimiento del siglo XXI”.¹⁵

En la cronología presentada se subraya, con una doble línea horizontal, el cambio de tono que se acusó en el discurso “ambientalista” durante los años ochenta y noventa. Durante la década de los ochenta, el abaratamiento del petróleo y de las materias primas en general hicieron que, junto al oportuno lavado de imagen, se olvidaran las anteriores advertencias tildadas de “catastrofistas” y se abrazara de nuevo la fe en la salvación por el crecimiento económico, envolviéndolo, eso sí, con el término más ambiguo de “desarrollo” y aderezándolo con el adjetivo “sostenible”. El aumento de la renta y del requerimiento total *per cápita* de materiales, de energía y de residuos prosiguió en los países ricos, ampliando sus diferencias con el resto del mundo, acentuadas por la crisis del antiguo bloque del Este, con la diferencia de que la proliferación antes mencionada de especialistas, organizaciones y declaraciones ecológico-ambientales, cerraban los ojos hacia tal estado de cosas: no se promovían ni las estadísticas ni los estudios necesarios para establecer el seguimiento de estos temas. A la vez, se producía una inflación de textos sobre la aplicación de “instru-

¹⁴ G. E. Barney, *op. cit.*

¹⁵ *Ibidem*, pp.90-91.

mentos económicos” a la gestión de residuos –el principal problema de los países ricos–, a los estudios de impacto y a la valoración de “externalidades”, orientada a facilitar el tratamiento de los temas ambientales desde el enfoque económico ordinario y a las numerosas invocaciones al “desarrollo sostenible”.

Durante los ochenta, el abaratamiento del petróleo y de las materias primas hicieron que se olvidaran las anteriores advertencias tildadas de “catastrofistas” y se abrazara la fe en la salvación por el crecimiento económico, envolviéndolo con el término “desarrollo sostenible”

La misma presentación del II Informe Meadows, *Beyond the Limits*, encargado también por el Club de Roma para enjuiciar los dos decenios transcurridos desde el primer Informe, testimonia el nuevo contexto ideológico mucho más conformista. Cuando la información recabada en el II Informe atestiguaba que el deterioro planetario y las perspectivas de enderezarlo eran bastante peores que hacía veinte años, los autores, para evitar que se les tildara de catastrofistas, se sintieron obligados a escudarse en la confusa distinción entre crecimiento y desarrollo para advertir que “pese a haber límites al crecimiento, no tiene por qué haberlos para el desarrollo” y, por si fuera poco, a encargar el prólogo a Jan Tinbergen, economista galardonado con el premio Nóbel por sus trabajos sobre el desarrollo económico, para subrayar que el libro es útil, porque “clarifica las condiciones bajo las cuales el crecimiento sostenido,¹⁶ un medio ambiente limpio e ingresos equitativos pueden ser organizados”.¹⁷ Se trata de oscurecer el hecho de que si por desarrollo se entiende algo que entraña “una aceleración sostenida por una fuerza constante, es seguro que no puede ser viable. Por tanto, la frase desarrollo sostenible sería lo que los anglosajones denominan un oximoron, o combinación de términos contradictorios o incongruentes”.¹⁸ Con lo cual los propios autores acabaron empañando, en su segundo informe, el mensaje más claro y contundente del primero.

La publicación del Informe Brundtland, *Our Common Future*, en 1987, proponiendo la meta del “desarrollo sostenible”,¹⁹ constituyó una etapa importante en el cambio de tono antes apuntado, reflejado también en las Conferencias de Río, Estambul y, sobre todo, en

¹⁶ Se emplea la expresión crecimiento sostenido (en vez de sostenible), en el sentido en el que tradicionalmente se venía utilizando en la teoría del desarrollo económico de la economía estándar.

¹⁷ D. H. Meadows y D. L. Meadows, 1991, *op. cit.*

¹⁸ R. Margalef, *Una ecología renovada a la medida de nuestros problemas*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 1996.

¹⁹ Entendiendo por tal aquel desarrollo que permite “satisfacer nuestras necesidades actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas”. Informe Brundtland, *op. cit.*

la de Johannesburgo, que evidenció más claramente la falta del necesario apoyo político a cualquier intento serio de reconvertir el comportamiento de la civilización industrial hacia patrones más ecológicos. Así lo anticipaban ya las agendas de las “cumbres” de la Tierra de 1972 y 1992. Mientras que en 1972 se ligaba el deterioro ambiental a la extracción de recursos y a las relaciones de explotación vigentes, incluyendo así reivindicaciones políticas, en 1992 ya solo se habla de preservar la calidad del medio ambiente, mediante legislación e instrumentos económicos; mientras que en 1972 se hacía una enumeración exhaustiva de los recursos bióticos y abióticos a proteger, en 1992 se plantea el objetivo general del desarrollo sostenible; y, sobre todo, mientras que en 1972 se hacía, de la necesidad de atajar el “problema ambiental” una razón de Estado y, por ende, se tomaba a los Estados como principales responsables y garantes del cambio, mediante el manejo a todos los niveles de la planificación y ordenación del uso de los recursos y el territorio, en 1992 se habla solo de normas, estudios de impacto ambiental e instrumentos económicos, en general, relegando la responsabilidad de los Estados a su último escalón administrativo, a los ayuntamientos, a través de las “agendas 21”, para ensalzar el papel de la iniciativa privada (empresas y ONG). Un cambio de tono similar puede observarse entre las conferencias Habitat I (Vancouver, 1976) y Habitat II (Estambul, 1996): mientras en la primera se enunciaba el objetivo de “mejorar la calidad de vida” de la población, en la segunda ya solo se proponía conseguir “una vivienda digna y unos asentamientos humanos más seguros, salubres, habitables... sostenibles y productivos”; mientras entre los principios de la primera figuraban reiteradamente la “equidad” y la “igualdad”, en los de la segunda brillaban por su ausencia; mientras en la primera se presentaba al Estado como primer sujeto del cambio en cuestiones ambientales y territoriales, en la segunda se rebajaba esa responsabilidad al nivel local de los ayuntamientos, empresas, ONG, y asociaciones de vecinos; a la vez que entre los instrumentos para el cambio propuestos en 1976 figuraba, en primer lugar, la planificación, en 1996 se hacía caso omiso de ella, para cifrar la esperanza en la función reguladora de los mercados. Todo lo cual sintetiza cómo, a medida que se fue perdiendo la fe en la posibilidad de reconvertir el metabolismo de la sociedad industrial, la “cuestión ambiental” ha pasado a ocupar un lugar cada vez más ceremonial en el discurso y en las instituciones.

En lo que concierne al territorio se observa la gran paradoja de que el triunfo de la llamada geografía “cuantitativa” no sirvió para cuantificar a escala agregada la incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra, como rezaba el título del Simposio de 1955,²⁰ recogido en la cronología antes expuesta. El vigoroso empeño de este Simposio, promovido en Princeton por Carl Sauer y otros exponentes de la geografía histórica e institucional, fue languideciendo junto con esta corriente, que se vio desplazada por otras que eclosionaron en el mundo académico dando pie a nuevos formalismos e instrumentalismos cuyos logros se perdieron –arrastrados

²⁰ W. L. Thomas (Ed.), *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1956.

por los enfoques parcelarios y el desinterés político— en un sin número de estudios de casos sin que llegaran a aportar un conocimiento global a la altura de la nueva "era de los satélites". Tras medio siglo con satélites informando sobre la Tierra, ésta es la hora en que no existe ningún seguimiento cuantitativo solvente, claro y unificado de la evolución de la ocupación y los usos del suelo en el Planeta, que visto desde fuera, debería de ser la lección primera de una geografía cuantitativa (ni siquiera el programa Land Cover & Land Use Changes de la NASA dispone de datos globales que respondan a su propio título: como se puede comprobar en internet, este programa cayó también en los estudios de casos más centrados, una vez más, en la absorción de CO₂ y el cambio climático que en los usos y ocupaciones del suelo). El nuevo Simposio de 1987 *The Earth as Transformed by Human Action* es un exponente de esta evolución: tampoco informa a escala agregada sobre el tema propuesto en su título: aporta un conglomerado de estudios parciales más o menos valiosos, pero carece del hilo conductor y el afán del primer simposio.²¹ Así lo atestigua, entre otras cosas, el colofón del "microestudio" de Butzer sobre la sierra del Espadán (cerca de Castellón) que lo cierra: no responde al título de su ponencia, "The realm of cultural human-ecology: adaptation and change in historical perspective", ni constituye un remate adecuadamente digno para la parte final –IV– del simposio, *Understanding transformations* (en la Tierra, evidentemente, no en la Sierra del Espadán). Este Simposio refleja la presencia de una geografía *soi-disant* cuantitativa que no cuantifica lo importante y de cambios en el panorama académico que no resultan muy alentadores para avanzar en el estudio de la incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra.²² La desatención por el estudio del uso integrado de la Tierra y sus recursos se solapó con el auge incentivado de los estudios, encuentros y campañas sobre los vertidos atmosféricos y el cambio climático, como atestiguan las Conferencias de Kyoto y de Bali sobre el clima, remachadas por el despliegue mediático de Al Gore, que aparecen huérfanas en la cronología adjunta de cualesquiera otras de similar importancia relacionadas con la Tierra. Se plantea, así, la paradójica pretensión de incidir sobre los resultados últimos sin modificar sus causas más primarias, empeño coherente con el carácter cada vez más ceremonial de las instituciones y foros oficiales relacionados con el medio ambiente.

Los cambios en el panorama político internacional y el triunfo del "pensamiento único"

No cabe precisar el contexto en el que se sitúa el cambio de tono observado en el discurso ecológico sin hacer referencia al colapso de los llamados regímenes socialistas del Este

²¹ B. L. Turner II, *et al.* (Ed.), *The Earth as Transformed by Human Action*, Cambridge University Press, Cambridge M., 1990.

²² Sobre este tema ver las introducciones y textos del libro titulado *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, que aporta reflexiones retrospectivas sobre el tema al cumplirse el cincuentenario del mencionado Simposio y que reproduce algunos de sus textos más significativos (J. M. Naredo y L. Gutiérrez (Eds.), *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, Universidad de Granada y Fundación César Manrique, Granada, 2005).

europeo, y el fin de la Guerra Fría en 1989, que eliminaron el antiguo bipolarismo político, haciéndose hegemónico el poder del único polo superviviente. Con ello el Tercer Mundo perdió su existencia como tal, para integrarse mayoritariamente entre los pobres y dominados que se anteponían a los ricos y poderosos en un mundo cada vez más escindido, aunque cada vez más colonizado por un “pensamiento único”.²³ La, en otro tiempo, vigorosa voz de los países no alineados del Tercer Mundo, perdió la relativa libertad que le otorgaba el antiguo bipolarismo y se fue apagando paulatinamente. La Conferencia de Bandung, celebrada en 1955 por estos países (incluida en el anterior cronograma), con la asistencia de personalidades tan relevantes como Chu En Lai, Ho Chi Minh, Nasser, Nehru (todavía impregnado del espíritu de Gandhi) o Sukarno dan buena cuenta de ello. A estos se añadieron otros líderes de los “movimientos de liberación nacional” como Fidel Castro, Lumumba y Ben Bella, correspondiendo a este último hacer las veces de anfitrión, en Argelia, de un nuevo encuentro similar al de Bandung que no tuvo lugar al ser oportunamente derrocado. La “liberación de los pueblos”, que parecía entonces imparable, se fue atemperando, a la vez que las reglas del juego económico impuestas en el mundo volvieron las aguas a su cauce, llevando de nuevo a estos países al redil de la dependencia, con la colaboración de sus propios líderes. Estamos así en presencia de un único mundo cada vez más polarizado económica y socialmente, en el que el mantenimiento del orden exige la doble presión militar y humanitaria de los países ricos. Doble presión que ha culminado con la aparición incluso de “guerras humanitarias”, como las que arrasaron la antigua Yugoslavia, Afganistán e Irak, haciéndolos candidatos a nuevas “ayudas”. Y la escisión del mundo no solo se traduce en la brecha Norte-Sur, sino que se reproduce con fuerza en los propios países del Norte, con bolsas de marginación y de pobreza cada vez más nutridas: no en vano la esperanza de vida en los barrios marginados de Nueva York se sitúa por debajo de la de Bangla Desh.²⁴

La principal diferencia que separa la situación actual de la de hace cuarenta años estriba en que en Bandung los países del Tercer Mundo tenían, o más bien creían tener, proyectos de futuro, mientras que en Río, Estambul o Johannesburgo las cuatro quintas partes de la humanidad se han convertido en simples naufragos de la competitividad que, castigados sin apelación por el mercado, no tienen –salvo raras excepciones– más proyecto que el de solicitar inversiones, ayudas,... y comisiones de las empresas y Estados que los explotan y de la nueva beneficencia que ayuda a paliar los problemas sin impugnar las reglas del juego que los originan, todo ello con la aquiescencia y el disfrute de políticos y

²³ Término acuñado por I. Ramonet (*Le Monde Diplomatique*, edición española, enero de 1995): “Atrapados. En las democracias actuales, cada vez son más los ciudadanos que se sienten atrapados, empapados en una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Esa doctrina es el pensamiento único, el único autorizado por una invisible y omnipresente policía de opinión”.

²⁴ Por ejemplo, en Harlem solo el 40% de la población alcanza los 65 años, mientras que en Bangla Desh este porcentaje es del 55% (J. Petras, “New York fait éclater le mythe de la société post-industrielle”, *Le Monde Diplomatique*, abril 1992, pp. 24-25).

empresarios autóctonos. Esta pérdida de proyectos para construir su propio futuro resulta de su incapacidad para desengancharse del pensamiento económico dominante, al aceptar acríticamente las mismas metas e instrumentos que aparentemente había seguido el Norte, cerrando los ojos a la evidencia que subraya la imposibilidad de repetir de forma generalizada las experiencias de éste. Resulta cada vez más deshonesto mantener esta ilusión cuando la industrialización ha colocado a los países ricos en una situación privilegiada generalmente irrepetible, haciendo de ella un bien “posicional”²⁵ que les permite mantener sus patrones de vida, en franca expansión, con cargo al resto del mundo: la atracción de capitales y recursos ejercida por el Norte se sostiene cada vez más con cargo a las áreas de apropiación y vertido del Sur y, en suma, el actual modelo de bienestar del Norte se apoya (en) y agrava (el) malestar del Sur. Lo que no quita para encontrar también en el Sur responsabilidades e intereses cómplices que explican el mantenimiento de esta situación.

El fracaso de las teorías del desarrollo para erradicar la pobreza en el mundo debería abrir los ojos al hecho de que ese “desarrollo” no ha intervenido mejorando de entrada las condiciones de vida de las sociedades “periféricas” al capitalismo, sino provocando su crisis, sin garantizar alternativas solventes para la mayoría de la población implicada y originando, en ocasiones, situaciones de penuria y desarraigo mayores de las que se pretendían corregir *ab initio*. Desde esta perspectiva “podemos imaginar –con Ivan Illich– al “desarrollo” como una ráfaga de viento que arranca a los pueblos de sus pies, lejos de sus espacios familiares, para situarlos sobre una elevada plataforma artificial, con una nueva estructura de vida. Para sobrevivir en este expuesto y arriesgado lugar, la gente se ve obligada a alcanzar nuevos niveles mínimos de consumo, por ejemplo, en educación formal, sanidad hospitalaria, transporte rodado, alquiler de vivienda (...).²⁶ Y para ello es necesario disponer de unos ingresos que el “desarrollo” escatima a la mayoría de los individuos, desatando un proceso de miserabilización sin precedentes: “al igual que la crema batida se convierte súbitamente en mantequilla, el *homo miserabilis* apareció recientemente, casi de la noche a la mañana, a partir de una mutación del *homo economicus*, el protagonista de la escasez. La generación que siguió a la II Guerra Mundial fue testigo de este cambio de estado en la naturaleza humana desde el hombre común al hombre necesitado (*needy man*). Más de la mitad de los individuos humanos nacieron en esta época y pertenecen a esta nueva clase (...).²⁷

²⁵ E. Altwater, *El precio del bienestar. Expolio del medio ambiente y nuevo (des)orden mundial*, Editions Alfons el Magnanim, Valencia, 1994, p. 22.

²⁶ I. Illich, “Needs” en SACHS, W. (ed.) *The development dictionary: A guide to knowledge as power*, Zed Books, Londres y Nueva Jersey, 1992, p. 96 (Edición en castellano: Centro de Aprendizaje Intercultural, Cochabamba, Bolivia, 1997).

²⁷ *Ibidem*.

La misma idea del progreso, que había contribuido tanto a magnificar los logros del capitalismo frente a las sociedades anteriores, fue una herencia envenenada que abrazaron ingenuamente, con renovado ahínco, los críticos de este sistema con la vana pretensión de impugnarlo desde ella. Se cerraron así los ojos a los factores regresivos del sistema y a la necesidad de conservar en la sociedad y en la naturaleza la diversidad que, tanto la monarquía absoluta como el advenimiento del Estado moderno y el capitalismo se habían encargado ya de simplificar, pero no tan drásticamente. El enfrentamiento entre conservadores y progresistas, derivado de los pasados conflictos entre capitalismo y antiguo régimen, se arrastra todavía originando la confusión. La aceptación igualmente acrítica del desarrollo económico industrialista como instrumento de modernidad y de progreso, constituye otro paso ideológico en falso por parte de los críticos, al que siguen aferrados por inercia los representantes del antiguo Tercer Mundo (y, por manifiesto interés, los del “primer mundo”).

La crisis de la antigua Unión Soviética y de los otros países vinculados a ella evidencia hasta qué punto el desarrollo industrialista es un fenómeno obsoleto que no cabe identificar ya con la modernidad y el progreso, como también se revela obsoleto identificar el aumento de la “producción material” –y de la destrucción que ésta conlleva– tanto con el progreso en general, como con el aumento de renta y la riqueza pecuniaria, en particular. Ningún proyecto, por muy maquiavélico que fuera, de defensa del capitalismo como sistema, habría podido igualar los beneficios que para el mismo trajo el proyecto “socialista” desarrollado y liquidado en la Unión Soviética. Tras haber presentado al “socialismo soviético” como proyecto de sociedad alternativa, el nuevo proyecto se empeñó en perseguir, con graves daños sociales y ambientales, las mismas metas desarrollistas que el capitalismo había propuesto. Como es sabido, el modelo soviético se reveló menos eficaz que el capitalismo en el logro de estos fines y acabó colapsando. Con lo que el fracaso del proyecto soviético se ofreció como prueba de la inexistencia de alternativas al capitalismo, cuando lo que de verdad demostró es que no cabe construir sociedades que se pretendan alternativas al capitalismo siguiendo las mismas metas y la misma senda del desarrollo económico que este sistema había propuesto. O también, que mientras se mantenga la fe en las promesas del discurso económico dominante como única llave de progreso –con toda la mitología del crecimiento y la competitividad, ahora tildadas de “sostenibles” y “solidarias”– se estará cortando cualquier posibilidad alternativa: el “pensamiento único” señala así, lógicamente, el “fin de la historia” y de “las (otras) ideologías”.

Crisis ambiental y crisis de civilización

Mientras llueven cada vez más toneladas de literatura económica ambiental, el deterioro ecológico se extiende por el mundo al ritmo que marca el pulso de la coyuntura económica. En otra ocasión se subrayó que, a fuerza de presentarse la economía como una rama del

saber científico orientada a racionalizar la gestión, sopesando con cordura las posibilidades de “asignar medios escasos al logro de fines alternativos”, nos hemos ido creyendo que esta era su única función y que si no lograba bien su meta racionalizadora era por las dificultades que surgían a la hora de aplicar sus modelos.²⁸ Pero ¿y si su principal función no fuera esa? ¿Y si sus elaboraciones, en principio bienintencionadas, estuvieran sirviendo más para ocultar que para racionalizar los principales problemas que la gestión plantea en la actualidad?

El fracaso del proyecto soviético demostró que no cabe construir sociedades que se pretendan alternativas al capitalismo siguiendo las mismas metas y la misma senda del desarrollo económico que este sistema había propuesto

Cada vez el pensamiento económico dominante ayuda más a convivir con el continuo deterioro ecológico y la polarización social que ocasiona la sociedad industrial que a controlarlo, paliarlo o evitarlo. O, en otras palabras, que la función mistificadora y conformista del *statu quo* que ejerce este pensamiento ha ido ganando terreno hasta el punto de explicar de forma cada vez más determinante su propia razón de ser como disciplina y orientar el *ranking* de prestigio y los incentivos entre sus practicantes. En Naredo (2003) se muestra cómo la economía, tras adoptar posiciones críticas originariamente orientadas a liberar la gestión del arbitrarismo, la regalía y el despotismo burocrático propios del antiguo régimen, perdió su mordiente crítico inicial a medida que se extendió el capitalismo.²⁹ Su principal fuerza y su principal flaqueza se derivan de ello. Su principal fuerza arranca de ser el bastión ideológico, revestido de ciencia, del capitalismo hoy dominante en el mundo. Su principal flaqueza reside en que esta función, a la vez mistificadora y laudatoria, degrada obligadamente su capacidad de interpretación y predicción de los problemas, socavando con ello su propio estatuto científico. El modo de tratar los problemas ecológico-ambientales está siendo un punto de fricción importante entre los enfoques y disciplinas que tratan de ayudar a convivir con ellos mediante prácticas dilatorias, ocultistas o conformistas y aquellos otros que pretenden paliarlos o resolverlos recurriendo a análisis más profundos y a medidas más radicales. Este conflicto traslada así al campo de las discusiones científicas puntos de vista distintos sobre la sociedad y las disciplinas que ligan, sin decirlo, la crisis ambiental con la crisis del actual modelo de civilización.

En efecto, el deterioro ambiental y la polarización social amenazan con socavar la fe en el progreso indefinido que nos había prometido la civilización industrial. El éxito del

²⁸ J. M. Naredo, “Sobre la función mixtificadora del pensamiento económico dominante”, *Archipiélago*, Nº 33, 1998.

²⁹ J. M. Naredo, 2003, *op.cit.*

proyecto de modernidad civilizatoria estriba en su capacidad en apoyar sus fundamentos en valores que se suponen universales vinculándolos después, con visos de racionalidad científica, a evidencias empíricas domesticadas que dan puntual cuenta del progreso prometido, a la vez que soslayan las consecuencias regresivas, no deseadas, que los acompañan. La ciencia económica ha desempeñado un papel fundamental en este juego reduccionista al aportar el núcleo duro de racionalidad llamado a orientar los planteamientos socio-políticos que configuran el actual pensamiento dominante. Una vez sometido el mundo al yugo de ese pensamiento dominante, guiado por una racionalidad económica servil al universalismo capitalista en vigor, se ha podido postular a bombo y platillo la “muerte de las (otras)ideologías” y el “fin de la historia”. La falta de pudor intelectual que subyace al manejo acrítico y desenfadado de tales afirmaciones, en un mundo que se supone informado, da cuenta de la impunidad con la que se desenvuelve el reduccionismo imperante. Tales consideraciones parecen más propias de visiones paleocientíficas hoy trasnochadas: recuerdan ese supuesto orden natural inmutable fruto de la creación divina al que se consideraba sujeto el mundo antes de que Darwin formulara su teoría de la evolución. Curiosamente semejante inmovilismo reduccionista suele, en una cabriola intelectual sorprendente, aderezarse con alardes de relativismo “postmoderno”, para huir así de las crudas realidades ligadas al deterioro ambiental y la polarización social en curso.

El nuevo contexto parece haber invertido el antiguo papel progresivo que en su día se atribuyó a las ciencias sociales. Pues desde Platón y Aristóteles se había venido pensando que las personas podrían mejorar la sociedad en la que viven y que el conocimiento racional (científico) brindaría el punto de apoyo necesario para acometer esta mejora. Sin embargo, hoy la economía, esa “reina de las ciencias sociales”, ha invertido la situación: se asiste a la extensión de un discurso económico reduccionista que aniquila la posibilidad de reconsiderar las metas de la sociedad y, por tanto, de cambiarla, haciendo que incluso la política se supedita a ese discurso. La reflexión económica estándar se sitúa así en un campo meramente instrumental, servil al ciego instinto de promoción competitiva y al desatado mecanismo del crecimiento económico, cerrando los ojos a los daños sociales y ambientales que tal modelo genera o ayudando a asumirlos como si del rayo o el pedrisco se tratara.

Problema ambiental y reduccionismo monetario

En lo que concierne al tema ecológico-ambiental, el problema originario estriba en que la civilización industrial, al utilizar el razonamiento monetario como guía suprema de la gestión, resalta la dimensión creadora de valor o utilidad, pero cierra los ojos a los deterioros sociales o ambientales que dicha gestión origina. La propia noción de “medio ambiente” no es

más que un fruto de la cortedad de miras del enfoque económico ordinario: éste, al circunscribir su reflexión al universo de los valores monetarios, origina un medio ambiente inestudiado compuesto por recursos naturales, antes de ser valorados, y por residuos artificiales, que perdieron su valor. Así, el instrumental teórico al uso gobierna la gestión sin procesar de modo sistemático la información sobre los deterioros que dicha gestión ocasiona sobre el medio natural; este instrumental registra solo el coste de extracción y de manejo de los recursos naturales, pero no el de reposición, favoreciendo así dichos deterioros, a la vez que privilegia las desigualdades sociales y territoriales a través de esa abstracción social que es el dinero y sus ramificaciones financieras.

Desde hace ya más de treinta años el “problema ambiental” ha venido suscitando la necesidad de establecer circuitos de información sobre la dimensión física y territorial de las actividades económicas ordinarias que el análisis monetario dominante ignora, para hacer que la sociedad pueda rediseñar, a la luz de esta nueva información, las reglas del juego económico que condicionan valores y precios. Sin embargo, esta necesidad de información no ha sido satisfecha: la información monetaria sigue siendo la única que se utiliza de forma sistemática para orientar la gestión. Es más, en vez de promover estadísticas de base y enfoques que registren de modo sistemático los aspectos físicos y territoriales ligados a la gestión, se ha promovido la valoración ocasional de externalidades y bienes ambientales para incluirlos en el universo unidimensional de los valores monetarios en el que se desenvuelve el análisis económico ordinario. Así, en vez de relativizar este análisis abriendo la reflexión económica hacia los aspectos físicos, territoriales y sociales, se incentivó el movimiento contrario: se trataron de reducir estos aspectos al lenguaje unidimensional de los valores monetarios para ensanchar así el campo de aplicaciones del enfoque económico usual, cuyo reduccionismo monetario estaba en el origen del “problema ambiental”. Todo ello ignorando el profundo divorcio que existe entre la idea usual de sistema económico y la de sistema ecológico, desde la que unos y otros razonan, que se sitúa en la base del mencionado “problema ambiental”. En resumidas cuentas, que tras varias décadas de reflexión sobre este “problema” se corre el riesgo de olvidar el hecho que lo había originado y que en principio se trataba de corregir: el reduccionismo monetario propio del enfoque económico estándar. Todo ello unido a una “deriva instrumental” que da trabajo a nuevos especialistas, a costa de distanciar sus elaboraciones de los problemas de fondo que plantea la presente crisis ecológico-ambiental.

Algo parecido ocurrió cuando el mencionado I Informe Meadows (1971) y otras publicaciones evidenciaron el irracionalismo que comportaba la meta del crecimiento económico permanente: hubo de producirse una prolongada campaña de imagen y desorientación, unida a un abaratamiento de las materias primas, para alejar varios lustros después toda idea de límite a fin de seguir sosteniendo la fe en la meta universal del crecimiento económico como solución a los problemas del mundo actual.

Invertir en “imagen verde” o en reconvertir el metabolismo de la sociedad

Hay que tener muy en cuenta que el actual predominio del razonamiento económico unidimensional, regido por el análisis coste-beneficio, no solo es fuente de daños ambientales,³⁰ sino que tampoco ayuda a corregirlos en su raíz. En efecto, “desde la lógica capitalista de la competencia generalizada por la búsqueda de beneficio inmediato, [...] es mucho más económico ocultar un problema o alterar su aspecto que abordarlo en toda su profundidad: el bloqueo de los mecanismos sociales y políticos de reacción al deterioro ecológico que así se logra [...] es mucho más conveniente que la amortización precipitada de gigantescas inversiones para reconstruir los sistemas productivos en términos ecológicamente más compatibles. [...] Las clases políticas también se benefician de este enfoque del tratamiento de la crisis ecológica. Reelaborando los conceptos, la terminología y las políticas sectoriales (residuos, agua, transporte, energía, etc.) para exportar u ocultar el proceso de deterioro ambiental, consiguen credibilidad institucional y rentabilidad ecológico-electoral a corto plazo, aunque a largo plazo los procesos globales de deterioro no solo no se frenan, sino que se aceleran. Pero serán otros equipos y personajes políticos los que tendrán que responder por ello en su día. El sistema de selección de la clase política ya promocionará en su momento a los que sean capaces de inventar las mejores justificaciones mediáticas para las situaciones que se vayan presentando”.³¹

En suma, que a medida que fue ganando terreno la “sensibilidad ambiental” de la población, se observó que resultaba más fácil y ventajoso para políticos y empresarios contentarla a base de invertir en “imagen verde”, que en tratar de reconvertir el metabolismo de la sociedad industrial y las reglas del juego económico que lo mueven. Lo mismo que reducir seriamente las situaciones de desigualdad o polarización social tendría un coste redistributivo muy superior al de sufragar algunas campañas y ONG sobre el tema. De ahí que el grueso de la literatura económica-ambiental se ocupe sobre todo, ya sea de extender la vara de medir del dinero al tratamiento de la nueva problemática o bien de idear formulaciones de compromiso escasamente operativas para reconvertir el *modus operandi* de la sociedad industrial. Se observa, por una parte, la eclosión de una amplísima literatura sobre procedimientos para imputar valores monetarios a las externalidades o sobre instrumentos económicos como impuestos, tasas o derechos ligados al uso de servicios o bienes ambientales. Por otra, la reflexión a escala agregada se esteriliza en la búsqueda de nuevas cuadraturas del círculo que compatibilicen el crecimiento o desarrollo (económico) con la conservación

³⁰ Una manera fácil de aumentar los beneficios consiste en cargar los costes y deterioros sobre esa tierra de nadie que es el medio ambiente, que queda fuera del registro contable, o trasladarlos sobre territorios alejados. Por lo que el afán de mejorar la cuenta de resultados de las empresas ha sido una potente máquina de generar daños ambientales.

³¹ A. Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Archipiélago*, N° 33, 1998, pp. 58-59.

(del medio ambiente). Se trata así de salvar a toda costa la meta del desarrollo económico, medido por el simple crecimiento de la renta o producto nacional, ya sea buscando cómo hacerlo sostenible³² o confirmando pura y simplemente, como trata de hacer con la llamada “curva de Kuznets”³³, que los problemas ambientales tienden a resolverse en los países a medida que aumenta su renta *per cápita*: se invierten así los términos del planteamiento originario haciendo que el desarrollo económico deje de verse como causa del problema ambiental para convertirse en su solución.

Así las cosas, la idea ambigua y contradictoria del desarrollo sostenible se empezó a invocar a modo de *mantra* o jaculatoria repetida en todos los informes y declaraciones. Pero esta repetición no sirvió para modificar, ni siquiera en los países ricos, las tendencias al aumento en el requerimiento total de recursos y residuos *per cápita*.³⁴ Para lo que sí ha servido esta invocación es para sostener el mito puro y duro del crecimiento económico, que se había tambaleado con las críticas de los setenta, y para dar a entender que las reivindicaciones ecológico-ambientales de la población están siendo atendidas. Mientras tanto el crecimiento económico se sigue midiendo, exactamente igual que antes de que fuera impugnado a principios de los setenta: por el simple aumento del agregado de producto o renta nacional.

Todo lo cual vino a ocultar la grave irracionalidad que supone toda esa mitología del crecimiento económico, que cifra el progreso de la humanidad en el continuo aumento de los bienes y servicios obtenidos y consumidos. Aumento que, debido a la especialización carac-

³² Cabe insistir en que el enfrentamiento entre desarrollistas y conservacionistas planteado a principios de los setenta puso de manifiesto la imposibilidad del crecimiento continuado de cualquier variable física o poblacional. Veinte años más tarde, la contradicción observada entre la meta del crecimiento (económico) y la viabilidad o estabilidad (ecológica) se saldó en el terreno virtual enarbolando la meta del desarrollo sostenible: el gran éxito de este término residió en su capacidad de contentar a todo el mundo, tendiendo un puente ficticio entre conservacionistas y desarrollistas. Esta capacidad supuso un buen regalo para políticos y empresarios, que lo enarbolaron profusamente como término de consenso a costa de vaciarlo de contenido y de ocasionar así su inoperancia práctica. (Ver, J. M. Naredo “Sobre el origen, el uso y el contenido del término ‘sostenible’”, *Documentación Social*, Nº 102, 1996; y J. M. Naredo y A. Valero (Dirs.), “Sobre la “sostenibilidad” de los sistemas” en *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Visor Distribuciones & Fundación Argentaria, Madrid, 1999, cap. 5.

³³ Esta curva establece una relación en forma de “U invertida” entre ingreso *per cápita* y degradación ambiental. Es decir, que si representamos la renta *per cápita* en el eje de abscisas y la degradación ambiental en el de ordenadas, esta curva señala que el deterioro ambiental empieza a disminuir con el aumento de la renta a partir de un cierto nivel de ésta. La extrapolación al tema ambiental de esta curva, formulada por Kuznets en los años cincuenta para relacionar la distribución y el nivel la renta de los países, arroja un mensaje altamente tranquilizador: el problema ambiental tiende a resolverse por sí solo con el crecimiento económico. De ahí el empeño de respaldar empíricamente este comportamiento presentándolo como un logro esperanzador y no como un simple resultado de la deslocalización industrial que aleja de las viejas metrópolis las primeras fases de extracción y elaboración, muy exigentes en energía y contaminación y, con ello, la huella de deterioro ecológico originada.

³⁴ Estas afirmaciones están avaladas por la información presentada sobre el metabolismo de la sociedad industrial a escala planetaria en el libro del que formaba parte el texto que aquí se reproduce (J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2007). Ver también J. M. Naredo y L. Gutiérrez (Eds.), 2005, *op. cit.*

terística de la sociedad industrial, va acompañado de un crecimiento mucho mayor de la extracción de recursos y emisión de residuos. Resulta clave recordar que no es un mero accidente que la mitología de la producción y del crecimiento triunfara justo cuando la civilización industrial alejó por primera vez a la especie humana de las verdaderas producciones de la fotosíntesis, para apoyar su intendencia sobre la mera extracción o sobreexplotación de riquezas naturales preexistentes, llevando incluso las producciones de la fotosíntesis hacia el deterioro progresivo de los bienes fondo que las sustentan. Como tampoco lo es que el calificativo de producción sostenible surgiera después para disipar las dudas sobre la viabilidad del progreso prometido mediante el puro y simple aumento de la producción. Así, el término producción, y últimamente el de producción sostenible, se acuñaron y popularizaron, como parte del discurso económico dominante para encubrir el daño ambiental y la inviabilidad a largo plazo que acarrea el comportamiento de la sociedad industrial.

Ante la mayor sensibilidad de la población hacia los temas ambientales, el discurso de gobiernos y empresas ha incorporado a su retórica la referencia formal a estos problemas: hoy la mayoría de los programas políticos y las actividades económicas incorporan en sus discursos el vocabulario ecológico, apoyándose para ello en las formulaciones de compromiso arriba mencionadas. Se trata de tranquilizar a la población con políticas de “imagen verde” en las que todo tiende a calificarse de “ecológico” y “sostenible”,³⁵ ocultando o banalizando los daños ocasionados, sin necesidad de cambiar a fondo los criterios de gestión, ni los patrones de comportamiento, que los originan. El racionalismo parcelario del discurso económico dominante está contribuyendo así a desviar la atención de los principales conflictos ecológicos (y sociales) de nuestra época y a divulgar implícitamente una ideología conservadora del *statu quo* que los genera. Se alimenta, de esta forma, un nuevo irracionalismo global que se mantiene a base de distraer la reflexión en los laberintos de la racionalidad científica parcelaria. Ya vimos que las propias agendas de las Cumbres de la Tierra de Río 92, y la más desesperanzada de Johannesburgo 2002, han sido víctimas de ese razonamiento parcelario: mucha preocupación por la contaminación, los trastornos climáticos, las pérdidas de diversidad o de calidad ambiental, y mucha desatención por la creciente extracción y el bajo precio de las materias primas que las originan, soslayando la evidencia de que los residuos y deterioros salen del manejo de los recursos. Lo cual da también lugar a un doble lenguaje entre un mundo industrial que constituye el principal consumidor y beneficiario de los bajos precios de las materias primas, de las que es un importador neto, y un Tercer Mundo cuya situación económica se ha hundido, junto con los precios de sus expor-

³⁵ El libro de J. Greer y K. Bruno (*Greenwash. The reality behind corporate environmentalism*, Third World Network y Nueva York, The Apex Press, Pehang, 1996) pone al descubierto el cambio de actitud y de políticas en veinte importantes grupos de empresas transnacionales (“una corporación *leader* en destrucción del ozono, se acredita como *leader* en la protección del ozono; un gigante transnacional del petróleo se presenta como pionero de los programas de “prevención” frente al calentamiento global...”). Se revela, asimismo, la influencia de estas corporaciones en la orientación de la “cumbre” de Río de 1992, la desactivación del ecologismo y la opinión pública en general, mediante políticas de “imagen y lavado verde” que se han prolongado hasta nuestros días.

taciones y la salida neta de capitales, al que se aconseja ahora el desarrollo sostenible y la frugalidad para restablecer el equilibrio financiero de sus maltrechas economías. Cuando, de hecho, al forzar el abaratamiento y la extracción de productos primarios se ha originado una sensación de abundancia de recursos sin precedentes que va en detrimento de la conservación y el reciclaje, solo corregida parcialmente por el encarecimiento del petróleo observado en los últimos tiempos. A la vez que el funcionamiento del sistema monetario internacional, al succionar el ahorro de los países pobres, contribuye a acentuar su escasez crónica de capital.

¿Hasta qué punto los vientos que soplan a favor de la reconciliación virtual entre economía y naturaleza conseguirán eclipsar a aquellos otros que buscan su reconciliación real? ¿Hasta qué punto la atención sobre las posibles incidencias climáticas no seguirán eclipsando la atención sobre las más evidentes y fácilmente controlables incidencias terrestres? O también ¿hasta cuándo las políticas de imagen verde podrán seguir contentando a la población, ocultando los daños sociales y ambientales y los fracasos de las políticas aplicadas y demorando, así, una posible reconciliación real? Ello dependerá, en parte, del vigor que alcancen las denuncias de la función mistificadora que ejerce el discurso económico dominante en este campo...o de que se cubra el vacío actual de conocimiento sobre los rasgos esenciales del metabolismo de la civilización industrial que son fuente simultánea de desarrollo económico y deterioro ecológico.

Invitamos a trascender el oscurantismo que destilan los enfoques parcelarios al uso y las operaciones de “lavado verde”, adoptando para ello planteamientos amplios que enjuicien en toda su globalidad los flujos de energía y materiales sobre los que se apoyan las sociedades actuales, desde los recursos hasta los residuos, desde el “tercer mundo” hasta los países de capitalismo “maduro”, desde la faz de la Tierra hasta la atmósfera que la envuelve. Y analizando los mecanismos de que se sirven los países ricos y las empresas domiciliadas en ellos para acrecentar su capacidad de compra sobre el mundo, dando pie a un orden territorial cada vez más escindido en núcleos de atracción de población, capitales y productos y áreas de apropiación y vertido, fuente de polarización social y deterioro ambiental.³⁶ Ya que el buen conocimiento de los procesos que lo originan, es el primer paso para poder corregirlos o cambiarlos.

³⁶ Una aplicación de estos planteamientos y análisis puede encontrarse, tanto a escala planetaria, como para el caso de España, en J. M. Naredo, 2007, *op. cit.*